

Instituto de España  
Real Academia Nacional de Farmacia

LECTURAS SINGULARES

2



# Recuerdo y desagravio a León Felipe

por el  
Dr. Mariano Turiel de Castro

Madrid 2006

Depósito legal: M. 32.552-2006  
Impreso en Realigraf, S. A.  
Pedro Tezano, 26  
28039 Madrid

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REAL  
ACADEMIA NACIONAL DE FARMACIA,  
DR. DON JUAN MANUEL REOL  
EN LA RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO  
CORRESPONDIENTE DR. DON MARIANO  
TURIEL

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA CULTURA

Siempre que la Academia me hace el honor de elegirme para contestar o presentar a un compañero, procuro buscar una relación entre su dimensión más característica y esta Casa.

Es evidente que con el ingreso de Mariano Turiel, mi reflexión se producirá en torno a la cultura. Porque Mariano Turiel nos propone un tema cultural, porque la cultura tiene actualmente un gran protagonismo, porque el diálogo intercultural es uno de los temas de nuestro tiempo y porque la relación entre cultura y ciencia nos afecta directamente.

Para esta reflexión traeré en mi ayuda a Gustavo Bueno y George Steiner.

Gustavo Bueno, en su deslumbrante libro «El mito de la cultura», desde el más riguroso análisis filosófico y con su enorme capacidad de provocación, dice que la cultura es un mito oscurantista y que la misión más importante de la idea de Cultura no es la de unir a los hombres, sino la de separar a unos grupos —naciones, etnias, clases...— de otros.

En apoyo de su tesis afirma que la idea metafísica de Cultura es una creación de la filosofía alemana: «Kultur». Herder, uno de los padres del nacionalismo alemán, fue, también, de los primeros introductores de la

idea. La «Kultur» lleva en sí un germen totalitario, engloba aspectos ontológicos y gnoseológicos y los inscribe en la tradición de la cultura germánica. Fichte habló del Estado de Cultura antes de que Bismarck restaurase, como bandera del Estado Prusiano, el Kulturkampf. Recordemos que Fichte en su «Discurso a la nación alemana», decía: «Sois vosotros, los alemanes, quienes poseéis, más que el resto de los pueblos, el germen de la perfección humana, y si vosotros decaéis la humanidad entera no tendrá esperanza de restauración». De Herder a Fichte y de éste al Hegel es fácil pensar, dice Gustavo Bueno, que los nazis entendieran la «Kulturkampf» como la lucha del pueblo más culto, debiendo los demás ser discípulos o siervos de la cultura alemana.

Quiero decir que la cultura concebida como un «todo» identitario y excluyente nos lleva al totalitarismo. Estos son tiempos en los que se habla de multiculturalismo, sin darnos cuenta que ello conduce al grupo y a la confrontación. En definitiva, quiero decir provocativamente, que la democracia está por encima de la cultura, aquélla permite la libre realización individual dentro de la ley y el pluralismo democrático.

En ese entendimiento, la educación en valores democráticos hace a las gentes iguales ante la ley, posibilita una vida en libertad, promueve la igualdad de oportunidades y acerca a los hombres hacia la ciudadanía plena y cosmopolita. Esta es la cultura deseada y querida que nace sólo en tierra democrática.

En definitiva, como dice Finkelkraut, «no son los valores los que se deben sentar en el banquillo del tribunal de la diversidad cultural, sino al contrario: es la diversidad la que debe sentarse ante el tribunal de los valores».

Una reflexión, más cercana al lugar en que estamos, es la relación entre ciencia y cultura. No es extraño que ambas vivan de espaldas en muchas ocasiones.

George Steiner habla de la «poesía de los hechos»: «no es un accidente que Ernest Junger y Nabokov fueran consumados entomólogos» y, decía, también, que la explicación de la entropía o la génesis del darwinismo encierra una fulgurante belleza. Por ello Steiner se duele de la ausencia de la historia de la Ciencia y la Técnica en nuestras escuelas y universidades: «Es un absurdo hablar del Renacimiento sin conocer su cosmología, sus sueños matemáticos que confirmaban las teorías rena-

centistas del arte y de la música. Leer literatura o filosofía de los siglos XVII y XVIII sin tener conciencia del genio de la física, de la astronomía y del análisis algebraico, que se estaba desarrollando en ese período, es leer sólo superficialmente. Un modelo de neoclasicismo que omita la figura de Linneo es superficial. ¿Qué puede decirse con responsabilidad sobre el historicismo romántico, sobre las nuevas configuraciones del tiempo después de Hegel, que no incluya un estudio de Buffon, Cuvier y Lamarck? Más que nunca tenemos urgente necesidad de un poeta como Lucrecio».

He pretendido que enmarcáramos este acto académico de indudable perfil cultural en una reflexión que me lleva a reafirmar mi fe en la cultura que nace de los valores democráticos y mi esperanza en el más estrecho diálogo entre las ciencias y las humanidades.

\* \* \*

## LEÓN FELIPE, EL POETA DEL ÉXODO Y EL LLANTO

En este momento haré una breve referencia al tema de esta noche: León Felipe. Entra nuestro protagonista en la Universidad de Valladolid en 1900 y en 1901 en la Facultad de Farmacia de la Universidad Central. En este edificio, ahora hace cien años.

Vivió en España la Edad de Plata de la Cultura Española y el todavía no suficientemente desvelado misterio del crecimiento económico desde 1900 a 1931: la población creció un 27 por 100, el PIB un 80 por 100, y la Renta Familiar un 51 por 100, situando a España a un 70 por 100 de la convergencia europea.

Una España en la que se daba a la vez un Premio Nobel, Cajal, y un sesenta por ciento de analfabetos. Sin embargo en el solar español, por debajo del crecimiento económico, anidaba la violencia, la lucha de clases, la discordia civil. La tragedia hace de León Felipe el poeta español del «éxodo y el llanto» para afirmar, con fuerza telúrica, que «míos son el salmo y la canción».

León Felipe dice que «a Castilla voy a ir cuando muera, antes que a ningún otro lugar». Pero quería una España sin hachas, abierta a todos los soles y todos los vientos. Ese viento tan querido por él. León Felipe

es un hombre símbolo para el exilio y no puede ni quiere romper una referencia ideológica que ha hecho de él un icono intocable. Es fiel a su propio mito y muere lejos de Castilla, pero su alma buscaba la reconciliación y la paz civil. Por eso quiere desdecirse de algunas cosas que había escrito, como aquellos versos:

«Tú te quedas con todo,  
más yo te dejo mudo... «mudo».,  
si yo me llevo la canción».

Y por eso escribe en 1948:

«Y ahora estamos aquí, del otro lado del mar, nosotros, los españoles del éxodo y el viento, asombrados y atónitos oyéndoos a vosotros cantar: con esperanza, con ira, sin miedos...

Esa voz... esas voces... Dámaso, Otero, Celaya, Hierro, Crémer, Nora, de Luis, Ángela Figuera Aymerich..., los que os quedasteis en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada... Vuestros son el salmo y la canción».

Ni nuestros, ni vuestros. El salmo y la canción son, venturosamente ahora, de todos, diría yo.

## HABLEMOS DE MARIANO TURIEL

El Doctor Mariano Turiel de Castro es Doctor en Farmacia y ha sido excelente profesor universitario de Historia y Legislación Farmacéutica y en la Escuela de Análisis clínicos. Siempre farmacéutico de vanguardia escudriñando los derroteros de la profesión. Diplomado en la Escuela Oficial de Periodismo, reúne una riquísima formación cultural, una curiosidad sin límites y un rigor intelectual sin fisuras.

Pero Mariano Turiel es un ser poliédrico, un hombre de contrastes, un personaje renacentista, dotado para la música y las artes todas. En Santiago de Compostela fue Director del Teatro Español Universitario y de la Revista Fonseca. Publica ensayos como «Antropología y ciencias médicas en la obra de Quevedo». Obtiene varios premios por artículos y cuentos y atesora cientos de magníficos versos inéditos. Vive comprometidamente su tiempo. Con igual ahínco y acierto colabora en

una revista profesional paradigmática: «Farmacia Nueva», de la que fue Redactor Jefe, pronuncia conferencias sobre Gregorio Marañón, los grandes hitos de la Historia de la Farmacia, Rosalía de Castro... o interviene en un programa radiofónico de divulgación sanitaria interpretando a «Don Daniel», el siempre eterno y próximo boticario, o conduce un espacio de ópera. Se le puede ver deshaciendo entuertos como Don Quijote, o gobernando ínsulas Baratarias, como Sancho. El gran escapate cultural que es hoy el Casino de Madrid debe en gran medida su fuerza e impulso a Mariano Turiel.

El Doctor Turiel es Académico de la Real Academia de Doctores, de la Real Sociedad Económica Matritense, miembro de la Cofradía Internacional de Investigadores de Toledo y de otras muchas Sociedades.

Mariano Turiel, en fin, conjuga rectitud con generosidad, es intimista y extrovertido a la vez. Mariano es un hombre vitalista, diría más, es un enamorado de la vida. A sus ojos, abiertos siempre a ella, podrían aplicarse aquellos versos de Quevedo, que sitúan la poesía lírica española en su nivel más alto: «serán ceniza, más tendrá sentido; polvo serán más polvo enamorado».

\* \* \*

El Dr. Turiel ingresa en nuestra Academia. Sea bienvenido.

León Felipe decía: «Algún día vendrá un viento fuerte que me lleve a mi sitio». Hasta que un día ese viento tenga una cita definitiva con cada uno de nosotros, vamos a compartir la vida académica y a mantener, juntos, intacto nuestro amor a la Farmacia y las Ciencias Farmacéuticas, insaciable nuestra curiosidad científica y cultural y acrecentada nuestra pasión por España.





## RECUERDO Y DESAGRAVIO A LEÓN FELIPE

DISCURSO DE INGRESO EN LA REAL ACADEMIA  
NACIONAL DE FARMACIA PRONUNCIADO  
POR EL DR. MARIANO TURIEL DE CASTRO  
EL DÍA 19 DE JUNIO DE 2003  
EN LA SEDE DE DICHA REAL ACADEMIA  
EN MADRID (C/ FARMACIA, 11)

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia Nacional de Farmacia,  
Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Estado,  
Excmos. Sres. Académicos,  
Excmos. e Ilmos. Señores,  
Dignísimas autoridades,  
Señoras, Señores,  
Queridos amigos:

Hace hoy, justamente, un año, que en el Salón Rojo de esta Casa, contiguo a este hermosísimo en el que ahora nos encontramos, celebrábamos un acto muy singular y similar al de hoy; y, que por supuesto, yo consideré de enorme trascendencia.

Decía entonces, que no me cabía la menor duda, de que alguien, desde el cielo, había hecho posible para mí, tanta felicidad.

Y hoy, forzosamente, he de repetir algo parecido, porque no puede ser casualidad que, sin previo acuerdo, un año después, en la misma fecha, vuelva yo a esta Docta Casa para ser recibido en el seno de una Corporación por la que siento, desde siempre, un enorme respeto, una inmensa admiración y una fidelísima devoción.

El acto es ciertamente similar; pero en esta ocasión, especialísimo. Porque esta Casa es, quizá, la sede más notable de la Farmacia Española. No podemos olvidar que en ella se impartieron, prácticamente, los primeros estudios de mi amada profesión farmacéutica; y en ella se rinde culto a la misma de la mejor forma que es posible hacerlo, con amor, con rigor, y con laboriosidad.

Por eso, no puedo continuar sin hacerles a todos ustedes una sencilla y sincera confidencia.

En pocas ocasiones, a lo largo de mi vida, me he sentido, a la vez, tan cohibido y tan satisfecho como esta tarde, al tomar la palabra en este acto.

Cohibido, por la responsabilidad que contraigo al hablar ante tan ilustre auditorio; y por hacerlo en una ocasión tan solemne como es la generosa recepción que se me hace, hoy, en esta Real Academia Nacional de Farmacia.

Y satisfecho, porque sería una evidente falsedad negar el legítimo orgullo con que esta tarde me acerco a tan docta corporación, agradeciéndole su afectuosa acogida, y ofreciéndole, para siempre, en pago, con toda humildad, pero también con todo entusiasmo, mi más leal y voluntariosa colaboración.

Ciertamente creo poder afirmar, con total justicia y sinceridad, que, en realidad, yo no tomo hoy posesión en la Real Academia Nacional de Farmacia; sino al contrario, es la Academia la que toma posesión de mí, para todo y para siempre.

Hace muchos años, siendo un joven recién licenciado, y de la mano de mi maestra, la recordada y llorada Profesora Dra. Pilar Herrero, comencé a asistir a los actos académicos de la entonces Real Academia de Farmacia, donde quedé deslumbrado por la solemnidad de los mismos, el admirable marco donde se celebraban, la altura y rigor intelectual de los intervinientes, y la fama y el prestigio inigualables de los académicos que, poco a poco, tuve la inmensa fortuna de ir conociendo.

Aquellas figuras me parecían a mí, entonces, y siguen pareciéndome hoy, inalcanzables; y nunca pude soñar que un día llegaría a encontrarme tan cerca de ellas, aunque fuera ocupando el último y más humilde sitio al lado de tan ilustres y renombrados maestros.

Ha pasado mucho tiempo y han ocurrido muchas cosas. Y hoy, sin que acierte muy bien a explicarme el porqué, recibo el inmenso honor de incorporarme a la Real Academia Nacional de Farmacia y disfrutar de la vecindad, de la compañía, de la amistad, del consejo, la comprensión y la amabilidad de sus Académicos, que siguen siendo, como antes, las figuras más señeras de nuestra profesión en todos sus campos y en todos sus aspectos.

Puesto a indagar sobre las causas que hayan podido confluír para propiciar mi ingreso, yo pienso que sólo pueden ser tres, a mi ver, las razones de mi acceso a este estrado.

Por un lado, y en primer lugar, la generosidad de esta docta corporación que me ha tendido su mano amiga para que ello sea así, no tanto por mis posibles merecimientos, como por su constante y probada bondad.

Por otra parte, con ello veo hoy, desproporcionadamente, premiados mis muchos e ilusionados esfuerzos por defender, con amor, tesón e ilusión, mi profesión farmacéutica, y mi concienzudo, aunque humilde y sencillo, trabajo en los diversos campos de la misma que he cultivado.

Pero todo esto no se hubiera podido producir si no hubiera tenido la fortuna de recibir, en el desarrollo de mi tarea, ese don especial y gratuito, esa «chispita» de acierto que sólo Dios nos puede dar cuando se lo suplicamos vehementemente.

Recordaba hace pocos días la Presidenta del Instituto de España, en su reciente y magistral discurso de ingreso en la Real Academia Española, que Max Delbrück, padre de la genética molecular, se preguntaba, allá por los años 1950: «Si uno no tiene cualidades para ser un artista, ¿qué otra cosa puede ser sino investigador?»

Pues bien, para romper este dilema, quienes distamos de ser artistas aunque amemos, valoremos y admiremos el arte, y tampoco podemos calificarnos de investigadores, en el sentido estricto y riguroso del término, tan sólo tenemos una salida, tan sólo nos queda un camino. Y ese camino es el del trabajo continuo, realizado en silencio, pero siempre con ilusión y constancia.

Y nuestro trabajo, sencillo pero exigente, tal vez sirva a otros, más sabios, como incitación y punto de partida para llegar adonde uno no

alcanza. Ahí puede estar su mayor y mejor utilidad; y, por supuesto, su más alto premio y reconocimiento.

En este sentido, y para cumplir, de la mejor manera que sea capaz, el protocolo que impone este acto, desarrollaré, como está previsto, el tema titulado: «Recuerdo y desagravio a León Felipe».

Quede claro que mi intervención no podría ser, tanto por razón de oportunidad como de capacidad, ni un estudio profundo ni un ensayo erudito sobre tan valioso poeta farmacéutico.

Mi misión, hoy, no puede ser otra que dedicar estos momentos al recuerdo emotivo de León Felipe y a la divulgación amorosa de su obra, para tratar de remarcar la talla que, en nuestros días, por fin, se le reconoce universalmente, señalándole como una de las voces más recias de la hispanidad.

La figura de León Felipe es una figura especialmente atractiva para cualquier biógrafo. Su vida es un continuo contraste de luces y sombras, de sueños y duelos, de ilusiones y desencantos. Él encarna, como nadie, el alma, el ser de una Castilla recia y dura, y por extensión de una España tremenda y difícil; y, sobre todo, el de una generación de hombres de inmensos valores, a la que se ha desconocido, olvidado o escondido.

Pero permítanme que, antes de entrar de lleno en el tema de mi discurso, dedique, siquiera sea muy brevemente, unas palabras de agradecimiento profundo y sincero a quienes me han ayudado a llegar hasta aquí.

En primer lugar, quiero expresar mi gratitud a los Profesores Doctores Don Antonio Martínez Fernández, Don Ángel M.<sup>a</sup> Villar del Fresno y Don Manuel Ruiz Amil, que tuvieron la gentileza de ofrecerme su firma, tomando sobre sí la responsabilidad de proponerme.

Otros ilustres académicos se ofrecieron, igualmente para ello; y a estos les estoy, también, profundamente agradecido; pero, como es sabido, el reglamento limita a tres el número de los firmantes.

Mi gratitud, asimismo, y la más cordial, para el Presidente de esta Real Corporación, Dr. Don Juan Manuel Reol Tejada, que ha tenido la bondad de ocuparse de hacer mi presentación, con palabras tan exageradas como afectuosas.

A él, y a la Académica-Secretaria, Dra. Francés Causapé, antiguos y queridos amigos, debo constantes atenciones que hicieron más fácil la resolución del obligado expediente.

En este punto me parece indispensable dedicar aquí unas breves, pero muy sentidas palabras de afecto y admiración al Dr. Reol. Porque sería ingratitud por mi parte, no reconocer y agradecer públicamente que una personalidad de talla tan singular, y una figura tan preminente en la vida de la Farmacia Española actual, me haya distinguido siempre con su afecto y su atención, a los que él sabe que yo correspondo desde lo profundo del corazón y de la forma más sincera.

Y para cerrar este capítulo de agradecimientos, pero no hacerlo de un modo protocolario, sino de forma veraz y sentida, nacida de lo más íntimo, tras reiterarle mi gratitud a la Real Academia Nacional de Farmacia, a mis proponentes, a mi presentador, y a todos ustedes por su gentil presencia y su amable compañía, quisiera dedicar también un cariñoso recuerdo, siquiera sea mínimo en amplitud, y breve en extensión, a todos aquellos a quienes tanto les debo.

Por un lado desearía referirme a todos los que, de un modo u otro, me han ayudado y han contribuido a mi formación, y, por ende, han propiciado mi llegada a esta Real Academia Nacional de Farmacia.

Son tantas las personas a las que debo agradecer su permanente colaboración y apoyo, que la simple relación de sus nombres haría interminable este apartado. Acepto, por tanto, de principio, que no puedo aquí recordarlos a todos; pero declaro públicamente que para todos guardo el más sincero y afectuoso reconocimiento.

Cumplo, asimismo, con satisfacción, el deber de recordar a todos los maestros que han conducido mis pasos por el camino del saber, desde mis profesores de Primera Enseñanza y Bachillerato, hasta los que me formaron profesionalmente en las Facultades de Farmacia de Santiago de Compostela y de Madrid, así como en la Escuela Nacional de Periodismo.

No debo tampoco olvidarme de tantos compañeros a cuyo lado he trabajado, y de quienes he recibido no sólo ayuda y amistad, sino también valiosísimos ejemplos y enseñanzas.

Y por otra parte, no sería justo cerrar este sentido y sincero apartado de agradecimientos, sin señalar de forma destacada y de manera muy singular, cuánto y cuán eficazmente ha contribuido a mi formación, el cariño y el aliento infinitos recibidos, permanentemente, de toda mi familia, especialmente de mis padres y hermanos; y, ya más recientemente, también, de todos mis numerosos sobrinos.

De mis queridísimos e inolvidables padres he aprendido cuanto de bueno conozco, y de ellos lo he recibido todo, absolutamente todo en este mundo; y sin ningún género de dudas, de ellos heredaré mi constante y profundo amor y respeto por la verdad, la justicia y el trabajo; además de una auténtica adoración por la Farmacia.

Y de entre todos mis muy queridos hermanos, he de hacer, hoy, una mención muy especial a mi hermano Daniel, a Rula y a Mary, y al resto de la familia, así como a los muchos amigos que, venciendo dificultosos inconvenientes, han tenido la bondad de venir a acompañarme en un acto tan importante, que marca un hito destacado en la biografía de cualquier persona que haya dedicado su vida con empeño y vocación al estudio.

Por fin, y tal como está anunciado, al tomar esta tarde la palabra para intervenir en este, para mí, tan emotivo e importante acto, he propuesto dedicar mi disertación al recuerdo y homenaje a León Felipe, nuestro querido poeta-farmacéutico; porque no estará de más insistir en que León Felipe, como muy bien dijo en su día, y en esta misma tribuna, nuestro Presidente de Honor, el Profesor Santos Ruiz, no fue un farmacéutico-poeta, sino un poeta-farmacéutico, ya que en él lo sustantivo era la lírica y no el trabajo profesional, sin que ello reste importancia a lo adjetivo.

Y aprovecharé la oportunidad que se me brinda, y el honor que representa, para poder referirme a él, tratando de contribuir, así, a recordar y ensalzar la figura y la obra de uno de los poetas españoles perteneciente al recientemente desaparecido siglo XX, más dignos de nuestra admiración; pero que, por tantos avatares, ha sido, durante mucho tiempo, abandonado al olvido, cuando no intencionadamente silenciado, y dejado, inclementemente, al desamparo de la más cruel e injusta intemperie intelectual.

Es verdad que esta situación no es nueva entre nosotros. Y el propio León Felipe, cual si augurara el porvenir que esperaba a su memoria y a su obra, había dejado escrito, proféticamente:

**Dejadme,  
ya vendrá un viento fuerte  
que me lleve a mi sitio.**

Su sitio, evidentemente, es el que hoy le asignamos, cuantos amamos el discurso del pensamiento, su expresión literaria, y más concretamente el sublime arte de la poesía. Su sitio, para todos nosotros, es el que hoy le reservamos, en nuestro corazón, y en el altar de la historia de las letras, quienes nos hemos congregado esta tarde para honrarle y para prometerle que nunca más se perderá el recuerdo de su figura y de su ingente obra.

No tendrá ya, en adelante, justificación su verso:

**Los muertos vuelven,  
vuelven, siempre, por sus lágrimas...**

Disponiendo, como es lógico en esta ocasión, de un tiempo limitado para evocar a nuestro autor, sólo me cabe hacer algunos sencillos apuntes sobre aquel farmacéutico que tuvo el valor de enfrentarse un día consigo mismo y cambiar el rumbo de su vida, para dedicarla, por entero, a su verdadera e irresistible vocación andariega, que parecía estarle predestinada en su apellido paterno: Camino.

Camino que hizo en soledad, toda su vida, como un romero solitario:

**Cansábame de hacer, día tras día,  
la jornada, tan solo y tan callado...  
y me quedé apostado  
en el recuesto, al borde de la vía,  
esperando la santa compañía  
de algún lento romero rezagado.  
Nadie pasó.  
Y esta canción traía  
el viento sollozante:  
Sigue tu ruta solo, caminante.**

Pero el incansable caminante un día acabará confesando:

**¡Que solo estoy, Señor;  
que solo y que rendido,**

**de andar a la aventura  
buscando mi destino!...**

Y es que su destino no acababa nunca de encontrarlo; aunque su camino era distinto cada día, como el de un peregrino, como el de un romero.

Lo escribió así el mismo León Felipe, bajo el título de «Romero solo»:

**Ser en la vida  
romero,  
romero solo que cruza  
siempre por caminos nuevos;  
ser en la vida  
romero,  
sin más oficio, sin otro nombre  
y sin pueblo...  
ser en la vida  
romero... romero... sólo romero.  
Que no hagan callo las cosas  
ni en el alma ni en el cuerpo...  
pasar por todo una vez,  
una vez solo y ligero, ligero, siempre ligero.  
Que no se acostumbre el pié,  
a pisar el mismo suelo.**

Y, ciertamente, él lo cumplió. Y lo cumplió bien. De él se pudo decir, con verdad: llevas contigo el paisaje y el mundo entero es patria para ti. Un mundo en el que siempre estuvo dispuesto, como los viejos guerreros castellanos, a andar a mandobles con obispos y condes, para defender sus libertades.

La enorme y constante andadura de nuestro autor fue múltiple, y, sin duda, a veces, incluso disparatada.

Como piedra menuda (**piedra pequeña, piedra ligera, canto que rueda por las calzadas y por las veredas, guijarro humilde de las carreteras; ni piedra de un palacio, ni piedra de una audiencia, ni piedra de una iglesia**, según sus propias palabras), rodó por todos los



caminos. «Unas veces huyendo —deudas, pobreza, horrores...— y otras buscando, buscando, y buscando. Siempre buscando».

León Felipe afirmaba que el destino del hombre, aprendido en los Libros Sagrados, es andar. Que podemos nacer en cualquier sitio, pero todos esperamos caminar y caminar hasta nacer de nuevo en una estrella; y añadía: en una estrella de paz, donde no haya, para nadie, espada ni veneno.

Porque la búsqueda de la paz, el afán permanente de encontrar la armonía, y el ánimo sincero de lograr el entendimiento universal fueron, en suma, su constante preocupación; su maravilloso y eterno quehacer.

Y esa búsqueda la intentó por los mejores caminos que el hombre tiene a su disposición: el del limpio y sincero sentimiento profundo y el de la más viva y hermosa expresión poética.

El propio León Felipe concluía que el hombre, todos los hombres, peregrinan a lo largo de toda su vida, incansables, hacia esa estrella. Nuestro destino, pues, es andar. Y no se cansaba de repetirlo y de darnos ejemplo de ello.

Y ese destino está escrito en el viento. En ese viento continuo, histórico, intemporal, que, según Don Claudio Sánchez Albornoz, nos trae permanentemente el eco de la voz de León Felipe. Una voz que se confunde con el propio viento:

«Tu voz es el eco del viento; el eco del viento en los encinares, los hayedos, los robledales, los pinares o las alamedas; el eco del viento en las caracolas, en los cuernos y las trompetas de las viejas gestas épicas; el eco del viento que recoge las voces de los mercaderes, los caminantes, los solariegos, los hombres de vehetrería, los clérigos, los juglares, los caballeros, los villanos, los abades, los infanzones o los condes».

Un viento que todos podemos escuchar, un viento que nos llega desde lejos pero con claridad meridiana. Cualquiera de nosotros podría, aún hoy, decirle, verazmente, al poeta-farmacéutico:

Yo he oído tu voz antes de ahora. La he oído resonar incluso en el silencio.

Bien dijo Andrei Sajarov que las voces que realmente cuentan son, muchas veces, las que menos se oyen.

León Felipe, nacido castellano viejo, en 1884, en el pueblo zamorano de Tábara (capital de la rica comarca del mismo nombre), tras unos trashumantes estudios de enseñanza primaria y Bachillerato, iniciados en Salamanca, se fue enamorando, día a día, desde bien pronto, de su tierra, en la que se fue enraizando cada vez más profundamente.

Si el niño es realmente el padre del hombre que, con el tiempo, va a ser, sus correrías infantiles por Castilla modelaron para siempre su alma de castellano viejo. Alma que nunca dejó de tener la inocencia propia de los niños y de mantener la esperanza que caracteriza a los seres nobles y sensibles.

Un verso de León Felipe afirma: **«Que la cuna del hombre la mecen con cuentos».**

Y en esa cuna, y a través de esos cuentos, se va aprendiendo, poco a poco, y en primer lugar, la lengua con la que luego hemos de ser capaces de expresarnos; «...porque la lengua no la aprende el ser humano en el colegio ni en la Facultad. La lengua se aprende en la cuna, de boca de los padres. La lengua, mucho antes de que lleguen el libro y las aulas, entra por el oído. Aprendemos de oído a hablar, aunque luego nos enseñen a ponerlo por escrito...».

Este es el gran valor de la lengua, este es el gran valor de las palabras.

Decía Goethe, en su Fausto, por boca de Mefistófeles: «Doctamente discutís con palabras cada día, y con palabras se impone la teoría más sorprendente. Por eso, tened fe en las palabras: es tal su valor que no hallaréis otro igual».

León Felipe, según su biógrafo Luis Rius, desde bien joven dio tal valor a la palabra, que sus primeros escritos, aún sobre temas irrelevantes, asombran por su claridad y su pulcritud. Cabría añadir que las palabras y los sentimientos fueron, en todo momento, a lo largo de su vida, sus únicas, sus sencillas, pero suficientes e importantísimas armas.

Y aún las palabras le estorbaban para elaborar el verso y llegar a la esencia de la poesía, a la que León Felipe definía así en uno de los poemas de su primer libro:

**Deshaced ese verso,  
quitadle los caireles de la rima,  
el metro, la cadencia  
y hasta la idea misma.  
Aventad las palabras,  
y si después queda algo todavía,  
eso  
será la poesía.**

El propio poeta dijo un día: «por hoy, y para mí, la poesía no es más que un sistema luminoso de señales».

Pero, volviendo a su biografía, en su momento, (corría el curso académico de 1900 a 1901), comenzó su carrera en Valladolid, y se licenció en Farmacia, en Madrid, años después, en la entonces llamada Universidad Central.

La razón, o más bien las razones, de la elección de sus estudios han sido muy discutidas y puestas en cuestión; pero lo cierto es que, tras un parsimonioso periodo de cursos universitarios, el licenciado farmacéutico Felipe Camino Galicia, que tal era su nombre completo y verdadero, se establece en Santander con botica propia. Y en ella, como no podía ser de otro modo, es visitado asiduamente por sus amigos y contertulios, que pronto hacen famosa su rebotica.

Pero su vocación por el teatro, aquella fuerte y juvenil vocación que tantas veces había sido la causa de innumerables disgustos para su padre, el serio notario don Higinio, acaba por imponerse y arrastra al poeta-farmacéutico a la farándula, que tanto atraía a su espíritu bohemio.

El cambio de profesión de farmacéutico por la de actor tuvo el triste resultado previsible, y tras una larga temporada de obligado aislamiento, vuelve al ejercicio profesional, en muy diversos lugares, y en condiciones, a veces, muy poco ventajosas. Pero ese forzado recogimiento que tanto sacrificio le supuso, tuvo para él una virtud, de la que, con el tiempo, todos nos hemos beneficiado.

Así, se ha dicho que, con ocasión de su establecimiento en Almonacid de Zorita, «entra en esta villa el farmacéutico Felipe Camino Galicia, y de ella salió el poeta León Felipe».

De esa época es la tierna y emocionante anécdota de la niña a la que el poeta ve pasar todos los días por delante de su botica y a cuyo entierro, poco después, asiste conmovido.

Él mismo nos lo dejó descrito en uno de sus más bellos poemas, situado «en esta tierra de España y en un pueblo de la Alcarria»:

**«¡Oh, esa niña!  
Hace un alto en mi ventana siempre  
y se queda a los cristales pegadas  
como si fuera una estampa.**

El poeta la contempla:

**¡Qué gracia  
tiene su cara,  
en el cristal aplastada,  
con su barbilla sumida  
y la naricilla chata!**

La contemplación revela una ternura conmovedora:

**Yo me río mucho mirándola  
y le digo que es una niña muy guapa...  
Ella entonces me llama  
¡Tonto! Y se marcha.**

De súbito el poema cambia de tono: la ternura se torna piedad:

**Pobre niña. Ya no pasa  
por esta calle tan ancha  
caminando hacia la escuela  
de mala gana,  
ni se para  
en mi ventana,  
ni se queda a los cristales pegada  
como si fuera una estampa;  
que un día se puso mala,  
muy mala,  
y otro día doblaron por ella las campanas.**

Sentimentalmente el poema se abre a la realidad:

**Y en una tarde muy clara,  
por esta calle tan ancha,  
a través de la ventana  
vi como se la llevaban  
en una caja muy blanca.**

Y surge la comparación ventana-ataúd:

**En una caja  
que tenía un cristalito en la tapa.**

Y sigue la persistencia de la contemplación del rostro tras un cristal:

**Por aquel cristal se le veía la cara  
lo mismo que cuando estaba  
pegadita al cristal de mi ventana.**

Y la impresión ha quedado fija de tal modo en el poeta que se convertirá, para él, en visión existencial:

**Al cristal de esta ventana  
que ahora me recuerda siempre  
el cristalito de aquella caja tan blanca.**

Si tras leer el poema nos asomamos a la ventana de la botica de León Felipe, comprendemos porqué el poeta concluye:

**Todo el ritmo de la vida pasa  
por el cristal de mi ventana.**

Es, pues, auténtico todo. Aquella niña existió y se murió; y el poeta sintió un sufrimiento sincero que dio lugar a tan hermosos versos.

Esta y tantas otras delicadas situaciones, reafirman, definitivamente, su fina pero firme sensibilidad de poeta.

Y bien puede decirse así, ya que por entonces nacieron los dos volúmenes de su primer libro, titulado «Versos y oraciones del caminante», escrito en un amplio periodo que va desde 1917 al 29.

Pero León Felipe, como caminante impenitente, marcha a otros lugares; en primer término a Madrid, y poco más tarde a diversos pueblos del África colonial española. Pero siempre vuelve a sus lugares de origen. A Valladolid, cuna de sus padres; a Palencia... A otras ciudades y pueblos de la meseta castellana volverá varias veces, en temporadas largas, donde se reafirmó su predilección castellanista, y el acorde de su espíritu con los paisajes y las gentes de la llanura. A su definitivo regreso a la península, y tras una corta estancia en la capital, emigra a América, donde los Estados Unidos le reciben alborozados.

Allí fue un brillante profesor de literatura que ejerció notable influencia sobre sus numerosos alumnos, que se sentían inmediatamente atraídos por su enorme personalidad.

Clases, amistades, y hasta el matrimonio encuentra León Felipe en tierras americanas. Bertha Gamboa sería su compañera, fiel y amadísima, hasta su fallecimiento, ocurrido once años antes que el del poeta, que murió en Méjico en 1968.

Volviendo al recuerdo de su obra hay que señalar que, en 1933, aparece un nuevo libro de León Felipe titulado «Drop a Star». Tanto en él como en los anteriores se hace bien patente la característica que había de dominar toda su obra de esta primera época: su expresión apasionada y torrencial que rompe todos los moldes del subjetivismo formalista, vigente en la época.

Casi no es necesario recalcar que la de León Felipe es una poesía prácticamente hablada, no escrita. Los rasgos sobresalientes de su estilo siempre corresponden, en efecto, a una expresión oral. En este sentido podríamos calificarla de poesía juglaresca, con la cual el poeta se dirige de viva voz a sus lectores, es decir, a su oyente, haciéndole intervenir en ella, a veces de un modo excesivamente directo. Y en ocasiones incluso preguntándole abiertamente. El carácter hablado de la poesía de León Felipe le da a ésta una gran movilidad que es, si bien se mira, donde radica su mejor virtud, su vitalidad eterna.

Como León Felipe sigue sin encontrar ubicación definitiva, la guerra civil le sorprende en España, en una de sus numerosas idas y venidas; y tras una larga peregrinación, que pasa por Valencia, Barcelona y París, cruza de nuevo el Atlántico, para establecerse, a finales de 1938, en Méjico, donde había de permanecer durante siete años.

«No comparte, por tanto, la lucha con un bando definido, pero se convertirá en portavoz de la España peregrina y desde la lejanía cantará a la patria entrañable».

Las experiencias de la guerra y del exilio nutren libros como: «El payaso de las bofetadas» (1938); «El hacha» (1939); «Español del éxodo y del llanto» (1939); «El gran responsable» (1940) y «Ganarás la luz» (1943).

La influencia de su gran amigo, el famoso poeta americano Walt Whitman (de cuya obra publicó una admirable traducción en 1941), es visible en su poesía áspera e intensa, que muestra una voluntad realista y coloquial.

A partir de 1945 viajó por diversos países de América del Sur, y a este último periodo pertenecen obras como «La antología rota» (1947); «Llamadme publicano» (1950); «Belleza cruel» (1958), y «El Ciervo» (1958).

Su obra es amplia y variada, y en toda ella su preocupación por la patria lejana no le abandonará nunca, pese a la enorme distancia que le separaba de la misma. En Méjico dejó esculpidas sobre las hojas de un periódico mejicano, que supo navegar libremente por las dos orillas atlánticas, unas palabras tan duras como certeras, y a la vez tan tristes como esperanzadoras:

**«Hermano... tuya es la hacienda... la casa, el caballo y la pistola... Mía es la voz antigua de la tierra. Tú te quedas con todo y me dejas desnudo y errante por el mundo... Mas yo te dejo mudo...; ¡mudo!... Y ¿cómo vas a recoger el trigo y a alimentar el fuego si yo me llevo la canción?».**

De los días de su llegada a Méjico, junto con la oleada de exiliados españoles, data una curiosa anécdota que me relató, de primera mano, el embajador de España Don Manuel García-Miranda y Rivas. Tras conocer que a varios compañeros de su grupo le habían ocurrido una serie de calamidades, en una conversación que el poeta mantenía con su gran amigo Alfonso Reyes, trataba éste, inútilmente, de animarle, ante la situación que se les presentaba. León Felipe cerró la conversación tajantemente: **«No insistas Alfonso, estamos perdidos; porque Dios ya nos ha localizado».**

Cuando él volvió a América, los españoles del «éxodo y el llanto» se miraban de reojo unos a otros, y se trataban entre sí con hostilidad; nunca se reunían a platicar fraternalmente; jamás se habían congregado en torno a una mesa. Tantas eran sus diferencias. Pero llegó León Felipe y aquellas diferencias se borraron, para aplaudir, todos juntos, sus metáforas, sus apóstrofes, sus sarcasmos y sus versos. Desde entonces se les pudo ver sentados, todos juntos, y compartir con él el pan, y beber el vino del exilio. ¡Milagro, milagro suyo, milagro de su genio!

Por supuesto, no es posible, en esta ocasión, hacer una verdadera biografía de un personaje tan apasionante; ni menos aún un sucinto comentario de cada una de sus obras, ni casi tan sólo relacionarlas; pero no sería justo dejar de señalar que su voz, venida desde lejos, y escuchada con devoción a través de los años, envuelta aún en el misterio de los ecos intemporales, sigue siendo una de las más íntimas y hermosas, y a la vez, una de las más resonantes, convincentes y arrolladoras.

Su desprendimiento del tiempo y del espacio llegan a hacerse virtud en sus versos:

**«Yo no sé como soy...  
y no sé lo que quiero...  
y no sé a donde voy  
cambiando, inquieto, siempre, de sendero...  
Algo espero, sí, pero...  
¡No sé, tampoco, lo que espero!...**

Esta duda, esta inquietud fue una constante en su vida; pudiera decirse, sin exagerar, que llegó a ser como un dogma de fe en su programa vital.

Han pasado muchos años, y León Felipe ha sido, al fin, reconocido, estudiado, recordado y admirado.

Insisto en que no cabe aquí, tampoco, ni intentar un análisis de su estilo, ni acotar los temas de su preferencia; pero no se pueden silenciar, porque no se le pueden negar, ni ignorar, algunas notas que le definen y le singularizan.

Aunque, para juzgar sus versos, y sobre todo su intencionalidad, son suficientes sus propias palabras:



**¡Oh, pobres versos míos,  
hijos de mi corazón,  
que os vais ahora solos y a la aventura por el mundo...  
que os guíe Dios!  
Que os guíe Dios y os libre  
de la declamación:  
que os guíe Dios y os libre  
de la engolada voz;  
que os guíe Dios y os libre  
del campanudo vozarrón;  
que os guíe Dios y os libre  
de caer en los labios sacrílegos de un histrión.  
¡Que os guíe Dios!... Y Él, que os sacará  
de mi corazón,  
os lleve  
de corazón  
en  
corazón.**

Queda claro que su sentimiento, su inspiración, su sueño, su deseo es lo único que cuenta.

Si es verdad que sólo porque Don Quijote cree verlo en una prosaica bacía de barbero, adquiere el yelmo de Mambrino su poesía encantada, para León Felipe todo es poesía o no es nada. Y así, cuanto escribe, sea verso o prosa, está inundado de poesía, poesía con la que supo cantar a la muerte y a la vida, al dolor, a la rabia, a la justicia, al misterio del hombre y al misterio de Dios. Poesía que nos trae los mensajes del más allá o del más acá, del nacer o del morir, y hasta del tronar de la nube tras la que grita Dios.

Al recuerdo del inmortal Quijote vuelve, una y otra vez, para identificarse con él y hasta para pedirle, ya abatido, que le acepte a su lado. Así lo expone en estos conocidísimos versos que han sido incluso musicados y convertidos en conocida canción popular:

**Por la manchega llanura  
Se vuelve a ver la figura  
De Don Quijote pasar...  
Va cargado de amargura...**

**Va, vencido, el caballero, de retorno a su lugar.  
Cuántas veces, Don Quijote, por esta misma llanura  
En horas de desaliento así te miro pasar...  
Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu montura  
Y llévame a tu lugar;  
Hazme un sitio en tu montura  
Caballero derrotado,  
Hazme un sitio en tu montura  
Que yo también voy cargado  
De amargura  
Y no puedo batallar.  
Ponme a la grupa contigo,  
Caballero del honor,  
Ponme a la grupa contigo,  
Y llévame a ser contigo  
Pastor...**

Porque según él mismo explicaba, triste y desencantado:

**Ahora a mí me sucede  
lo contrario que al hidalgo manchego:  
que tomo por rebaños  
los ejércitos.**

Sus temas son épicos, sociales, religiosos, ascéticos y siempre trascendentes; el viento castellano que habla por su voz no es una suave brisa musical de primavera, sino el rugir del huracán que precede y acompaña a la tronada. Su voz es la del viento que agita a las alamedas o los encinares castellanos, que dobla el trigo en flor, limpia la paja de la era, trae olor a tomillo o a romero, seca el adobe, hace girar las veletas de torres y espadañas, pobladas de plantas y cigüeñas, y aulla en las plazas y callejas de las ciudades, de las fortalezas y de los templos de Castilla.

Su voz, en consonancia con su carácter, recorre todo un amplio diapasón que va de las sacudidas eléctricas a la somnolencia y el letargo, que tras los ascensos bruscos preludia las caídas verticales, que acepta el fatalismo y se encara con todo, en claro desafío al mundo, que representa el ímpetu arrollador, como flecha disparada hacia el mañana, y admite las fuerzas estáticas que aprisionan la voluntad en el ayer.

Como el eterno claroscuro de la historia, así es el alma y la poesía de León Felipe.

Por todo ello, él representa una lírica independiente, expuesta en una densa obra, comprometida con la realidad de su tiempo, íntimamente vinculada a cuanto le rodeaba, y sellada con la impronta de la sinceridad.

Con razón dijo, de él, Max Aub: «León Felipe es, él sólo, una generación aparte». Añadiendo: «Imagen viva, desolada y desollada de nuestra España, empalada en una misión sangrienta de la Historia».

Vicente Aleixandre le llamó «poeta en horas de tribulación, capaz de hablar al hombre como amigo supremo de la libertad».

Otro Nobel, Camilo José Cela, dijo de él que era «espejo en el que los hispanohablantes del mundo entero, que somos legión, debemos mirarnos, por su honestidad y por su valor».

Y otros dos Nóbeles más, éstos de la América Hispana, Pablo Neruda y García Márquez, dejaron bien clara su predilección por el poeta de Tábara. Para el primero, León Felipe era como «un infolio joven y amarillo en el que todos los versículos, la sabiduría y la ternura estaban escritos».

Por su parte, Gabriel García Márquez dijo una tarde, en Bogotá, en casa de Belisario Betancur, que León Felipe llevaba en sus venas toda la sangre del hombre que estallaba a borbotones en sus versos. Y se preguntaba: «¿Será posible que con el renacer cultural que vivimos, nadie sea capaz de articular una fórmula para que no se disperse, ni se pierda, la obra de León Felipe? Algo así como una Casa de la poesía, o del Hombre Peregrino, ese que él fue, que acoja su obra, mística y castellana, y sea lugar de encuentro para los jóvenes creadores».

La preocupación de García Márquez, respecto al destino de la obra de nuestro autor, afortunadamente ya ha desaparecido. El Ayuntamiento de Zamora ha conseguido el milagro de recuperar la valiosísima documentación que se conserva sobre León Felipe. Documentos, biblioteca, enseres personales, y hasta recuerdos del poeta de Tábara están ya en Zamora, que los acogió, recientemente, y para siempre. Allí está la obra mística y castellana de León Felipe, el legado de un poeta, de un pensador, de uno de nuestros intelectuales más lúcidos y de más talento.

De este modo, el poeta farmacéutico, si quiera sea metafóricamente, ve cumplido su deseo de volver a Castilla la Vieja, a esa Castilla que no es ni épica ni guerrera, pero sí levadura de España.

Sus propios versos nos advierten claramente de su deseo:

**«¡Oh, luz, luz y amor de mi vida!  
¡Luz altanera de Castilla!  
¡Tú que me recibiste al nacer,  
amortájame cuando muera!**

León Felipe regresó definitivamente a su tierra zamorana. A través de su obra y de sus recuerdos, el poeta, desde hace algo más de un año, está de nuevo, y para siempre, entre nosotros.

Con ocasión de este hecho, el magnífico periodista Jesús Fonseca, se refirió a él como «el poeta más universal de Castilla».

Y Margarita Arroyo, nuestra Margarita Arroyo, también poeta y también farmacéutica, considera a León Felipe como alquimista de palabras, conceptos y sentimientos.

Por otra parte, no hace mucho, se ha publicado una tesis doctoral de la que es autor nuestro compañero Ángel del Valle, en la que se estudia la vida y la obra de varios poetas farmacéuticos; y por supuesto, en dicha tesis no falta un capítulo dedicado a León Felipe, con el mejor ánimo de contribuir a divulgar el conocimiento de su vida y su obra.

Sobre León Felipe se ha escrito mucho. Poeta caminante, poeta universal (como lo demuestra su influencia en las universidades americanas), son muchos sus vínculos con la generación «beat». Con ellos compartió el inconformismo político, el rechazo a la sociedad del hartazgo, la crítica a la soberbia occidental y, sobre todo, la vida errante, de estación en estación en el tren de su destino, abierto a cualquier horizonte humano.

Como para todo poeta, amor y soledad son, también para León Felipe, dos continuas fuentes de inspiración; pero que en este «infatigable Romero» (como le llamó Rafael Morales), se muestran del modo más auténtico, en un continuo esfuerzo en busca de la verdad, de la verdad desnuda y sencilla.

Su verso, tantas veces encuadrado en el tópico de la poesía moderna, da pie a la vieja controversia de la lírica y la poesía. Pero, para valorar seriamente al poeta del éxodo y del llanto, se ha de empezar por aceptar que tradición y modernidad son aliadas inseparables, y que toda auténtica renovación se fragua en el transcurrir del tiempo.

León Felipe, español hasta la médula, se rebeló ante las ruinas de su época; pero lo hizo mostrando su fe y su confianza en el futuro:

**«Se ha muerto un pueblo,  
pero no se ha muerto el hombre.**

Añadiendo, en otros versos:

**«Españoles,  
españoles del éxodo y del llanto:  
levantad la cabeza  
y no me miréis con ceño,  
porque yo no soy el que canta la destrucción,  
sino la esperanza...»**

León Felipe, al finalizar el poema inicial de «Oh, ese viejo y roto violín», se autorretrata así:

**Y el poeta que escribe estos versos  
también es viejo y feo...  
Y también llora.  
Y no sabe tampoco porqué llora...  
Pero si no llora de verdad...  
¡tampoco hay poema!**

Y es que el dolor, según escribió no hace mucho el joven novelista actual Juan Manuel de Prada, es el sentimiento más fértil de cuantos existen, más fértil incluso que el rencor, especialmente en la producción literaria.

Personalmente recibí, en momentos de gran desconsuelo, un consejo que entonces me pareció sin sentido y que hoy reconozco me fue utilísimo. Ante una desgracia familiar, mi gran amiga Blanca Álvarez, conocida de todos los telespectadores españoles, me insistía una y otra

vez: «¡escribe!, ¡escribe!, es la mejor manera de echar fuera el pesar que llevas dentro y es lo mejor que puedes dejar a los demás».

Finalmente, creo obligado poner de manifiesto lo que Gerardo Diego llamó su religiosidad fundamental. Por supuesto, León Felipe no era practicante, pero tampoco agnóstico, como se ha repetido.

Su coloquio con Dios era directo y constante.

Él declaraba: **«mi voz es opaca y sin brillo, y vale poca cosa para reforzar un coro. Sin embargo, me sirve para rezar yo sólo bajo el cielo azul».**

Si al decir de Séneca, en todo hombre bueno habita Dios, León Felipe nunca anduvo muy lejos de Él.

Prueba singular de ello es que, en todas sus obras, pero más frecuentemente en sus «Oraciones del caminante», son constantes sus miradas a lo eterno. Su Dios —vecino inabarcable— le hiere, y le signa, y le llama desde lejos. Y él le responde, aunque lo hace desde su altar de tierra. Pero nunca se olvida de él.

**«Nadie fue ayer,  
ni va hoy,  
ni irá mañana,  
hacia Dios,  
por este mismo camino  
que yo voy.  
Para cada hombre guarda  
un rayo nuevo de luz el sol...  
y un camino virgen  
Dios».**

Y en unos sinceros y descarnados versos que el poeta tituló escuetamente «Oración», no se recata de afirmar paladinamente:

**Señor,  
yo te amo  
porque juegas limpio:  
Sin trampas —sin milagros—;  
porque dejas que salga  
paso a paso,**

**sin trucos —sin utopías—;  
carta a carta,  
sin cambiazos,  
tu formidable  
solitario.**

Pocos hombres como León Felipe gustaron tanto de la poesía mística y ascética; y pocos poetas supieron, como él, inspirarse en la misma.

Un ejemplo explícito de todo ello lo tenemos cuando glosa estos versos de Fray Luis de León:

**Y dejas, Pastor Santo  
tu grey en este valle hondo, oscuro...**

Y compone este denso, sugestivo y hermoso poema:

**Aquí vino  
y se fue.  
Vino..., nos marcó nuestra tarea  
y se fue.  
Tal vez detrás de aquella nube  
hay alguien que trabaja,  
lo mismo que nosotros,  
y tal vez las estrellas  
no son más que ventanas encendidas  
de una fábrica  
donde Dios tiene que repartir  
una labor, también.  
Aquí vino  
y se fue.  
Vino..., llenó nuestra caja de caudales  
con millones de siglos y siglos,  
nos dejó unas herramientas...  
y se fue.  
Él, que lo sabe todo,  
sabe que estando solos,  
sin dioses que nos miren,  
trabajamos mejor.**

**Detrás de ti no hay nadie. Nadie.  
Ni un maestro, ni un amo, ni un patrón.  
Pero tuyo es el tiempo.  
El tiempo y esa gubia  
con que Dios comenzó la creación.**

Al final de su vida reconocía: «soy un viejo pobre y un pobre viejo», pero, desde bien joven, la vida de León Felipe adquiría un verdadero, un mayor y mejor sentido, al ser puesta, siempre, al servicio de los demás. Esto le marcaba, según sus propias palabras, «el ritmo de la vida y del alma». Por eso, también a él cabría aplicarle aquellas palabras de San Agustín: «Somos como niños jugando a la orilla de la eternidad, porque, querámoslo o no, Dios es nuestro Padre».

Y León Felipe, pese a sus dudas y hasta a sus negaciones, al re-flexionar, tantas veces, ante la Cruz de Cristo, como síntesis del amor divino, nos deja entrever su pensamiento. Su palabra, desnuda de afectaciones, nos revela la sencillez de su pensar y de su sentir, de su alma y de su corazón. Y todo ello lo expresa en estos versos humanos y sinceros:

**«Más sencilla... más sencilla.  
Sin barroquismo,  
sin añadidos ni ornamentos,  
que se vean desnudos  
los maderos,  
desnudos y decididamente rectos.  
Los brazos en abrazo hacia la tierra,  
el ástil disparándose a los cielos.  
Que no haya un solo adorno  
que distraiga ese gesto,  
ese equilibrio humano  
de los dos mandamientos.  
Más sencilla... más sencilla;  
haz una Cruz sencilla, carpintero».**

Finalmente, como hombre profundo, como hombre profundamente bueno y como hombre profundamente religioso, y según su propio testimonio, la última palabra que quiso pronunciar fue ésta: PERDÓN.



Y el testimonio es, por sincero, tierno y emocionante, pero, a la vez, conmovedor y desgarrador. Supone su verdadero testamento. El mismo, al principio de «Español del éxodo y del llanto», coloca un poema titulado precisamente así: «Un poema es un testamento», en el que empieza aclarando: **«Un poema es un testamento sin compromisos con nadie, y donde no hay disputas ni con el canónigo ni con el corregidor. Donde no hay política».**

Así pues, biografía y testamento se suceden. El poema es, primero, la biografía; y acaba siendo, después, el testamento. Dicho de otro modo, es la crónica de una vida. De ahí que él mismo añada otra definición en el poema «No me contéis más cuentos» de su obra «Llamadme publicano»: **«Se sabe que el poema es una crónica, que la crónica es un mito».**

De la biografía particular de un hombre se asciende a la colectiva de un pueblo, y así la obra de León Felipe puede ser, de algún modo, la crónica del exilio español. De hecho lo es, y será forzoso citarla siempre que se hable de aquellos que partieron al destierro para, en muchos casos, no regresar. Una crónica, por tanto, del llanto.

De acuerdo con todo ello, su testamento moral lo encierra en estos significativos versos, donde su última y definitiva palabra es ésta: «PERDÓN».

**«Soy ya viejo,  
y se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido,  
y ya no puedo encontrarla  
para pedirle perdón.  
Ya no puedo hacer otra cosa  
que arrodillarme ante el primer mendigo  
y besarle la mano.  
Yo no he sido bueno...,  
quisiera haber sido mejor.  
Estoy hecho de un barro  
que no está bien cocido todavía.  
¡Tenía que pedir perdón a tanta gente!...  
Pero todos se han muerto.  
¿A quién le pido perdón ya?  
¿A ese mendigo?**

**¿No hay nadie más en España...,  
en el mundo,  
a quién yo deba pedirle perdón...?  
Voy perdiendo la memoria  
y olvidando todas las palabras...  
Ya no recuerdo bien...  
Voy olvidando... olvidando... olvidando...,  
pero quiero que la última palabra,  
la última palabra, pegadiza y terca,  
que recuerde al morir  
sea ésta: PERDÓN.  
PERDÓN.  
¡PERDÓN!».**

Al homenajear, hoy, a León Felipe, nosotros también le decimos: PERDÓN. Perdón por la incomprensión. Perdón por el olvido. Perdón por no haberle escuchado atentamente. Perdón por no haber entendido y valorado adecuadamente su mensaje. Perdón por no haber aprovechado sus hermosas lecciones. Perdón por no reivindicarle, en su día, y para todos, absolutamente para todos. Perdón por no haberle reconocido y honrado suficientemente. ¡Perdón por tantas cosas!...

Y con sincero ánimo de enmienda le añadimos: Te recordaremos siempre.

Nada más. Y muchas gracias.

## BIBLIOGRAFÍA

### OBRAS DE LEÓN FELIPE

- Antología poética de León Felipe*. Alianza Editorial. Segunda edición, 1983.  
*Obra poética escogida de León Felipe*. Espasa Calpe.  
*Antología personal*. León Felipe. Colección Visor de Poesía, 1996.  
*Versos y oraciones del caminante*. León Felipe. Colección Visor de Poesía, 1993.  
*El ciervo y otros poemas*. León Felipe. Colección Visor de Poesía, 1982.  
*El payaso de las bofetadas y el pescador de caña*. León Felipe. Colección Visor de Poesía, 1993.  
*El gran responsable*. León Felipe. Colección Visor de Poesía, 1984.  
*Nueva antología rota*. León Felipe. Colección Visor de Poesía, 1981.  
*Llamadme publicano*. Ed. Finisterre.  
*Rocinante*. Ed. Finisterre.

### OTRAS OBRAS CONSULTADAS

- Pliegos de Rebotica*, número completo de la Revista, dedicado en homenaje a León Felipe, correspondiente a junio de 1984.  
*León Felipe, poeta de la llama*. Actas del Simposio «León Felipe», celebrado en enero de 1984. Editorial de la Universidad Complutense, 1987.  
*Homenaje de Castilla-La Mancha a León Felipe*. Libro editado por la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, 1986.  
*León Felipe visto por cien autores*. Libro homenaje realizado por Alejandro Finisterre, 1991.  
*León Felipe, de la Universidad de Valladolid al exilio*. Edición de la Universidad de Valladolid con ocasión del centenario del inicio de sus estudios universitarios en dicha Universidad, 2002.  
*Un castellano de pro: León Felipe*. Brindis en homenaje al autor de los intelectuales y artistas españoles y argentinos en 1945, por Claudio Sánchez Albornoz. «Ensayos sobre historia de España». Madrid, 1973.  
*León Felipe, 1884-1968*. Edición del Círculo de Bellas Artes en colaboración con el Ayuntamiento de Zamora y el Ministerio de Educación, 1998.  
*El viejo pobre poeta prodigio León Felipe*. Autores: Aurora de Albornoz, Leopoldo de Luis, Emilio Miró y Arturo del Villar. Colección Los Libros de Fausto. Madrid, 1984.  
*Almonacid de Zorita, el pueblo donde fue boticario León Felipe*, por Alejandro Fernández Pombo. *Pliegos de Rebotica*, núm. 67, 2.ª época, julio-septiembre de 2001.  
*Memoria y desmemoria de León Felipe*, por Antonio Lucas.  
*El centenario de León Felipe*. Discurso en la Real Academia de Farmacia por Don Ángel Santos Ruiz. Madrid, 1984.  
*El largo regreso de León Felipe*, Natividad Pulido.  
*Aproximaciones a la vida y la obra de León Felipe*, Leopoldo de Luis.